

# **EL ENVIADO**

**Roberto Lumbreras**

© 2021 Roberto Lumbreras y Editorial Torre de Lis.

Ilustración de portada: Elena Pancorbo: [www.elenapancorbo.com](http://www.elenapancorbo.com)

Una recién casada. Una señal venida del Cielo.  
Y un “cambio de planes”... con un hombre nuevo.

## PRELUDIO

—¿Quién será esa mujer que viene tan guapa y elegante? ¿Es nueva?

—Sí, es nueva. Pero no te emociones, porque está casada. Se llama Violeta. Lo sé porque su chalet está seto con seto con el de mis suegros.

—Pues yo diría que se ha confundido de lugar para llegarse hasta aquí. ¿Son acaso las ruinas de una ermita, sobre la solitaria pradera, un lugar para venir tan arreglada y con tantas joyas? Y, en cuanto a su perfume... es exquisito y llega hasta mi cara, pero ¡estamos en el campo! ¿No tiene miedo esa Violeta a que le acribillen su fina piel los mosquitos?

—Es todo muy extraño, porque el atardecer tampoco son horas para un picnic. Y, además, el bolso “fin de semana” que trae estará lleno de ropa, neceseres y de mil cosas menos de comida y bebida; sin olvidar los hielos: ¡estamos en pleno verano!

—¿Es que acaso pasa por este lugar apartado y recoleto algún autobús de línea? Porque creo que esa mujer se va de viaje. Acaba de hacer una genuflexión y de persignarse ante la cruz que preside la derruida iglesia. Un viaje largo, quizás, antes del cual deba rezar.

—Perdona que lo ponga en duda. Porque Violeta ya acaba de venir de un largo viaje: su viaje de novios. Ahora toca el “hogar, dulce hogar”.

—Pues ahora será otro viaje, un viaje peligroso, o quizás sin retorno, porque se la ve ansiosa y hasta preocupada.

—¿Qué está haciendo ahora? Ha puesto los altavoces de su iPhone. ¿Oís la música?

—¿Ketélbey?

—Sí, es Ketélbey: *Campanas a través de la Pradera*. Esta música siempre me habló de panteísmo...

—Esa Violeta ha puesto la música perfecta para este lugar. Tenemos una pradera, las ruinas de una iglesia, una música con campanadas que lo integra, una mujer sexy y devota... Esta escena debería llamarse “Ikebana de espiritualidad y sex-appeal”.

—Apuesto que es una de esas mujeres sibaritas y maniáticas que tiene todo a juego, y su casa decorada como si fuera toda un *showroom*, sin que desentone ni el pestillo de la alacena. Una de esas mujeres conservadoras que eligen las corbatas a sus maridos, para que vayan a juego con el papel pintado del salón, porque si no les dan jaquecas.

—No sé cómo tendrá decorada su casa, pero desde luego esta música le va al lugar pintiparada. Apuesto a que esa Violeta es melómana y estudió de niña piano y *ballet*... Malicias aparte, creo que si yo fuera productor de cine, la contrataría de directora de arte.

—¿A semejante “bombón”? ¡Qué desperdicio! Yo la contrataría de actriz protagonista. Miradla bien: de caderas para arriba se parece a Scartett Johansson, y sus piernas son las de Julia Roberts.

—Sí, no está mal traído. La verdad es que esa Violeta está buenísima. ¿Qué edad tendrá?

—Según mi suegra, Violeta está a punto de cumplir los cuarenta. Por eso estará tan nerviosa. Ja, ja, ja.

—Pues nadie lo diría. Lástima que se acabe de casar. ¡Quién fuera su marido!

—Mejor su novio o su amante. Ja, ja, ja.

—¡Shhhhh! ¡Callad! Que nos va a oír.

## VIOLETA

¡Qué me está sucediendo, Dios mío! ¡Cómo dejas que le esté pasando esto a una recién casada, que además es devota tuya!

¿Me estás poniendo a prueba? Me refiero, claro, al forastero. Dime, Señor: ¿me has mandado tú a este hombre? Porque yo no creo que las cosas pasen porque sí.

¿Qué pretendes? ¿Es acaso un experimento? ¿O quieres decirme algo?, ¿advertirme quizás de que me he equivocado... al elegir a mi marido?

Pero, en este caso, llegas un poco tarde. Aunque no demasiado tarde. Porque ya sabes que no espero hijos. Justo esa noche nos íbamos a poner a encargarnos... pero vimos que la casa no estaba habitable. Sí, la misma noche en que volvimos del viaje de novios surgió el contratiempo. Contratiempo que, por cierto, lleva tu firma: la de una plaga. Sí, la maldita plaga de termitas. A eso me refiero: a tu plaga.

Estoy segura de que tú estás detrás de la invasión que nos ha asolado. Esa marabunta que casi me vuelve loca. Las sentimos la primera noche. Todo el suelo crepitaba. Yo quería llamar a Protección Civil, a los Bomberos, a la Policía. Y mi marido dejó un aviso urgente a la aseguradora: ¡era una plaga de termitas!

Ya podías habernos estresado con algo menos desagradable. No sé... unos espíritus, unos poltergeists... Con todos mis respetos, ¡creo que con la plaga te pasaste tres pueblos, Señor!

Pero volvamos a las termitas. A pesar del *shock*, he de reconocerte que has sido muy oportuno con tu plaga. Porque yo había venido del viaje de novios con serias dudas. La luna de miel fue para mí muy decepcionante. Aunque, no hay mal que por bien no venga, ¡este viaje ha sido muy revelador para mí! Me refiero a que mi marido ha mostrado su verdadera cara. Sí. Cuando ha tenido lo que ha

querido, o sea, yo, el histrión ha dejado de fingir... y el hombre irresistible se ha vuelto insoportable.

En el viaje de novios descubrí que me había casado con un borde. De hecho me ha llamado idiota; y no una, sino varias veces. Y ni siquiera me ha dejado conducir el coche de alquiler. Después de todo era un coche de alquiler, yo solo pretendía practicar... Tengo pavor a conducir, y él lo sabe... ¡Cómo para decirle que me dejara nuestro coche nuevo, nuestro caro Jaguar verde inglés!... Y otros muchos detalles que me descubrieron su verdadero carácter.

Por no hablar de nuestra entrada triunfal en la casa... Ja, ja, ja. Él me tomó en sus brazos, como manda la tradición, pero... yo notaba que no podía conmigo, que nos íbamos a caer los dos, y así fue: nos vimos los dos en el suelo. Yo no pude resistir la risa. Era ridículo. No me había pasado nada más ridículo en mi vida. Además de algo de mal agüero; de hecho, pensé que nos iba a traer mala suerte. Pero quise quitarle hierro. Le dije:

—Tranquilo, amor, no importa: podemos aplazar la entrada triunfal para cuando te pongas cachas en el gimnasio.

Y ya sabes lo que dijo él, recuerda cómo me insultó:

—Sí, ¡y para cuando tú bajes esos kilos de más que has engordado en la luna de miel! La tarta nupcial fue solo el pistoletazo de salida. Ya te dije que no te pasases en los restaurantes. Eres una glotona.

Y algo de razón sí que tenía. Yo cuando me aburro caigo en ansiedad y me pongo a comer. Me he aburrido hasta en mi luna de miel. Lo que es ya el colmo. Mi marido no me provoca más que aburrimiento. Otra prueba de mi errada elección.

También, Señor, has sido muy oportuno con la aparición de tu hombre, tu Enviado. Porque estoy segura de que has sido tú quien nos ha mandado al forastero de mi obsesión. El fornido y alto hombre llegado de Krypton bajo el disfraz de un operario experto antiplagas. El hombre que, a su vez, ha venido disfrazado y camuflado con un mono de paracaidista del Ejército.

Todo ha sido tan natural e inocente, pero tan imparablemente poderoso que, indudablemente, lleva tu sello.

Porque este operario tan varonil y eficaz tardó 24 horas en realizar su trabajo garantizado. Y, al cabo de la jornada, nosotros le pagamos en el momento. Y nos despedimos de él educadamente. Y ahí debería haber acabado todo. Pero no. Ahí no acabó todo.

El hombre siguió por ahí. Quiero decir que ha seguido por aquí, merodeando por la urbanización, merodeando nuestra casa y... merodeándome a mí.

Y, sí, es verdad que fui yo quien le ofrecí que se sirviera él mismo del frigorífico. Y le dejé cargar el teléfono móvil.

Y, cuando acabó la faena, le permití ducharse en nuestra casa. El hombre estuvo trabajando intensamente las 24 horas sin salir de allí. El hombre estaba empapado de sudor. Iba a pernoctar en una *rulot*. Iba a estar de guardia, por si las termitas... Y, claro, no iba a ducharse con la manguera de riego... hubiera sido impropio; me refiero a algo escandaloso: mis vecinas tienen niños y son unas envidiosas, quiero decir chismosas; las vecinas nos hubieran denunciado.

El hecho es que el hombre me pidió que si se podía duchar, y se duchó. No me hace falta pedir permiso a mi marido. Yo puedo tomar también decisiones. Y el hombre se metió en mi baño. Es el que más cerca está de las escaleras. Debí de indicarle que usara el baño de mi marido. Pero, cuando reparé en ello, el hombre ya estaba dentro con el cerrojo echado.

Sí, ya sé que hay hombres que se la cascan en la ducha. Por eso, desinfecté luego todo con Sanytol™. Soy la primera a quien no le gusta que nadie entre en mi baño, ni siquiera mi marido. Los hombres también fisgan: fisgan los cosméticos, los perfumes, nuestros trucos de belleza... Y todo eso es algo muy personal. Y aún hay cosas más pudorosas, quiero decir íntimas. Como el cesto de la ropa sucia. El cesto de mi ropa fue algo en lo que tampoco reparé; de otro modo, lo hubiera sacado antes de que el hombre entrara.

Esto no se lo he dicho a mi marido. Lo que sucedió es que el hombre fisgó en el cesto de mi ropa sucia. Fue el único incidente. "Un reprobable abuso de



confianza”, pensé. Porque por la mañana yo había echado al cesto un sujetador de lencería francesa con las braguitas correspondientes. De color visón, para más señas. Y, cuando el hombre se fue, ya no estaban; ni el caro sujetador Aubade, ni las braguitas a juego.

En ese momento, no le pedí explicaciones. No, no lo hice. Porque yo me había quedado en *shock*. Y porque para mí, lo peor no era el hecho del hurto. Lo peor es que me sentía decepcionada, decepcionada de él. Yo me había formado una idea de él más... bonita, idealizada. Porque este hombre me había salvado la vida contra las termitas. Este hombre no podía ser un perverso. No había en él ninguna vibración que no fuese positiva. Era un tipo puntual, guapo, eficiente, atractivo, trabajador, sexy... Y por eso reconozco que yo seguía resistiéndome a pensar que mi salvador era un perverso, un sucio.

Pensé, para disculparlo, que estos rudos hombres de milicia están acostumbrados a requisar todo lo que encuentran a su paso, pero sin malicia. También pensé que quizás las hormonas de mis prendas le apelaron... y luego él destapó el cesto... y entonces mis estrógenos subieron como una cobra, hipnotizándolo.

Podía haber pasado por alto el incidente, como incidente aislado, como daño colateral de tu plaga, Señor. Pero no. Estaba en juego mi dignidad. Y decidí ir hasta el final, enfrentarme al hombre y dejarlo todo zanjado.

Al día siguiente el forastero seguía allí. Con su *rutot* aparcada en las inmediaciones. Y fui a buscarlo. Llamé a la puerta. Y él enseguida abrió: estaba esperándome. Quiero decir que sabía el motivo de mi visita. Y me tenía algo preparado. Como en una fiesta sorpresa. La sorpresa era que el hombre me había comprado otro “dos piezas” de lencería francesa. De la misma talla. De la misma gama. De la misma marca: Aubade. Envuelto en papel de regalo; dentro de una lujosa bolsa; comprado en una *boutique* oficial de la marca. Él no había pretendido ocultar su hurto. Él sabía que yo acudiría a pedirle explicaciones. Como así hice. Y él me dejó de nuevo flasheada...

Está visto que no se puede pensar mal de la gente del Ejército, de un héroe de guerra. No tiene sentido que alguien que se ha jugado la vida por un ideal vaya

a cometer delitos ni hacer ordinarieces. Él solo había querido halagarme sutilmente, por medio de símbolos. Él quiso decirme que se quedaba con la prenda más valiosa, porque el valor añadido de la lencería francesa era mi olor, mi esencia: yo. Él solo buscaba decirme que yo le gustaba, que le atraía, con esa poesía animal que gasta la milicia.

Y así quedó el incidente zanjado. Mi marido no supo nada. Odio entrar en discusión con mi marido. Porque al final me hace sentir como una mierda. Conozco muy bien a mi marido, son ocho años de novios, viéndonos todos los días. Y, sobre todo, lo he acabado de conocer en el viaje de novios. Mi marido se hubiera reído de mí. Mi marido me hubiera llamado creída e idiota. Hubiera pensado que yo quería darle celos con mis insinuaciones. Que era una nueva forma mía de manifestar mi coquetería, de mendigar su atención, si por ejemplo le digo: “el forastero se ha llevado mi esencia más secreta e íntima...”. Mi marido me hubiera dicho:

“No seas paranoica, cariño. Esos rudos hombres solitarios e inadaptados suelen calmar su ardor sexual en viajes a Tailandia que organizan con sus antiguos camaradas”.

Conozco muy bien a mi marido, han sido 8 años de novios.

Y si yo hubiera insistido con otras pruebas como... no sé... si por ejemplo le hubiera preguntado:

“¿Y entonces, por qué ese hombre no ha bebido directamente del grifo y ha preferido usar mi vaso del agua, mi vaso perfectamente marcado con el *rouge* de mis labios?... Marcados de mi carmín hasta que el hombre bebía y lo borraba, claro: porque el hombre bebía sistemáticamente por la marca de mis labios. ¿Qué pasa, que al hombre no le gustaba el agua insípida...?”.

Si yo hubiera apoyado mi tesis con estas otras pruebas, mi marido, lo conozco muy bien, no solo no hubiera entrado al trapo, sino que me hubiera dejado el tema bien zanjado. Con una afirmación letal. Dejándome fuera de juego.

Dejándome en ridículo. Sí, mi marido a veces usa la inteligencia para evadir problemas y disimular, pero otras veces la usa para dejarme fuera de juego y hacerme sentir como una mierda. Mi marido me hubiera dicho:

“Cariño, no seas tan creída, y súbete tu autoestima quedándote embarazada de una vez. Así serás de nuevo el centro del universo. Inicia ya tu etapa de mujer ejerciente como tal. Quiero decir que aproveches tus reglas y tus óvulos aún en forma para hacer algo realmente útil y estimable. Tienes que perder el pánico a perder tu buen tipo de soltera y a sentirte gorda como una vaca. Pierde tu pánico a la palabra ‘vaca’”.

“Ah: y atrévete a dejar las oposiciones, cariño. Porque tú no quieres en realidad sacar las oposiciones. No te mientas. Las oposiciones te sirven para seguir diciendo a la gente que eres estudiante. Las oposiciones te sirven para aferrarte a tu juventud en retirada, para seguir conservando cierta aura de jovialidad funcional. Tienes que perder el pánico a que te llamen ‘ama de casa’”.

Eso es lo que me habría contestado mi marido.

Pero yo lo tengo muy claro. Me refiero al porqué de todo el cúmulo de acontecimientos encadenados y para nada fortuitos. Comenzando por la plaga de termitas. Y por tanto, yo no tengo ningún complejo de culpabilidad sobre lo sucedido.

Yo no tengo la culpa de haber entrado en pánico. El hombre levantó la tarima y la *boiserie* de la planta baja, y aparecieron millones de bichitos diabólicos. Yo no tengo la culpa de haberme puesto a gritar histérica... de haber gritado “socorro”... de haberme subido a la mesa de la cocina y de haberme puesto a llorar cuando me vi rodeada de esa plaga.

Ni tampoco ese hombre tuvo mala intención al bajarme de la mesa, al tomarme en sus brazos para sacarme de la casa y dejarme tumbada sobre la hierba del jardín.

Él me sacó del peligro y me llevó en volandas a un sitio seguro. Eso es todo lo que hizo. Así me quedé yo muy calmada. Porque él acudió con flema pero con decisión y con seguridad hasta la cocina. Y sin preguntar a nadie supo que tenía que tomarme en sus brazos y llevarme por el aire fuera del peligro... El hombre no pretendía nada. Te juro que el hombre no me llamó "preciosa", ni me dijo "qué polvo tienes". Él solo me tomó por mis muslos y por mi espalda, y sin perder un segundo en cortesías, me sacó enérgicamente al jardín y me dejó en el césped, sin más, en el suelo pero a salvo, llorando y gritando descalza y en bata, pero fuera de peligro.

Allí, sobre el mullido césped, seguí llorando quince o veinte minutos, hasta que se me pasó.

Me había hecho bien su decisión... y su seguridad... y la fuerza de sus brazos. Quiero decir que la firmeza de sus brazos me había hecho sentir confiada y segura. Lo que no había conseguido nuestro fiero perro guardián. El tonto rottweiler no había ladrado a las termitas, no: se había puesto a olerlas tontamente, y luego se había vuelto a su caseta a vigilar la calle.

¡Pero peor se portó mi marido! Mi marido ni siquiera hizo nada por estar conmigo. Le llamé por teléfono, pero pasó de mí. Esto... esto creo que fue peor que la propia plaga de termitas... Y esto es lo que me sacudió, lo que me abrió definitivamente los ojos...

Recuerda, Señor, cuando llamé a mi marido por teléfono aterrorizada por la plaga. Recuerda que él no lo dejó todo por mí. Recuerda que no vino a salvarme. Recuerda que se excusó, como siempre. Recuerda que me dijo:

"Cariño, voy a entrar en una reunión. Tranquilízate: en dos horas ya estoy de vuelta. Te quiero, *bye*".

¡Y el hijo de la gran puta me colgó el teléfono!

El hecho es que el forastero estuvo seis días sin permitirme sosiego... llenando mi mente de fantasías y, de lo que es peor: de dudas.

Yo, Señor... Yo antes tenía las fantasías lógicas, las fantasías inevitables que tenemos todas, si por ejemplo vemos la película *Gladiator*... Pero ahora las

fantasías son tan reales, que las puedo palpar, que podría describir a qué huelen y a qué saben...

Ahora son unas fantasías muy... comprometidas e incómodas.

Y las ha desatado él. Me refiero al hombre que me has enviado, el forastero con el que no has dejado de ponerme a prueba. Como la fantasía más recurrente: la de la dominatriz...

Sí, una dominatriz. Las dominatrices no son una orden de monjas, bien lo sabes. ¡Oh, no te referiré los detalles! ¡No he mandado a paseo a mi confesor para volver a referir a nadie detalles morbosos.

**Fragmento por cortesía de Editorial Torre de Lis. Si te gustó y quieres el libro, puedes comprarlo en tu librería habitual o informarte en de la web de la editorial [www.torredelis.com](http://www.torredelis.com) de sus distribuidoras en España y América.**